

EL CORREO DE LA REVISTA

CARLOS ILLESCAS

Querido lector:

Cuando la presente llegue a tus manos, lo seguro es que la impresión producida por la muerte de Jorge Ibargüengoitia, Manuel Scorza, Angel Rama y Martha Traba, en el aeropuerto de Barajas de Madrid, España, se haya desvanecido en ti, en grados de ser recuerdo o evocación cargada de melancolía.

En los momentos en que con gusto redactamos la presente, la conmoción es intensa. Los diarios del mundo de habla española y los de México, desde luego, se atestan con informaciones en torno al accidente en que perdieron la vida tan ilustres escritores. Y no es para menos. Ibargüengoitia, a quien has leído con jubilosa sorpresa a ratos, y otros con ánimo suspendido por el equilibrio alcanzado por quien como él, Ibargüengoitia, supo someter a la historia de México. su sociedad, su mitología, su inmediatez y carácter, a la crítica más filosa. Tú también reíste al enfrentar la muerte de alfeñique, prendida con alfileres, de tantas mujeres que las poquianchis sacrificaron como encarnaciones renovadas de cualquier diosa sangrienta del panteón nahua. Tú, más que una psicología de salón, entendiste que Ibargüengoitia invitaba a analizar la enfermedad colectiva de un medio en el cual tú mismo, sorprendido lector, contribuyes a que la transgresión a la ley se produzca. Bueno, es eso por lo menos cuanto he leído en más de uno de los homenajes que se atribulan a Ibargüengoitia en los días en los cuales redactamos la presente, todos inclinados hacia las fiestas navideñas y el año nuevo, que está a un paso de presentarnos su caja de Pandora siempre abierta.

Hemos de comprender lector amigo, que no te resulta grato que nosotros, tus correspondientes, de primas a primeras te inmiscuyamos en asuntos tan detestables como los que ilustran las llamadas poquianchis, señoras de horrible condición y peor catadura. Pero lo hicimos, salvando tu mejor parecer, con ánimo casi inocente de recordarte que los grandes escritores de la naturaleza de Ibargüengoitia, Scorza, Rama y Marta Traba, juegan papel de fiscales en una sociedad como la nuestra, a grandes ratos falta de bases emocionales, que por dicho motivo empañan la perspectiva histórica mediata e inmediata. Por lo mismo, como comprenderás, la literatura opera resortes de la mayor eficacia al ser lo que Scorza predicaba de ella, “el único territorio libre de América”. ¿Estamos en lo justo? ¿Qué merecemos de ti, censuras o parabienes?

Pisando ahora en campo menos riesgoso, pasamos a contarte que el día 12 de noviembre del año que corre, 1983, un grupo de escritores se reunió en el Auditorio Julián Carrillo, de Radio Unam, a partir de las 19.30 horas, con el laudable propósito de rendir un homenaje de admiración, cariño y reconocimiento al poeta y maestro universitario, doctor Rubén Bonifaz Nuño. El acto se debió a la diligencia cordial de Marco Antonio Campos, representante de la Unam y la Uam (perdona la siglofagia mostrada), patrocinadoras del acto.

Cada uno en su turno dijo cosas gratas al oído de la justicia que estaba representada ese día y esa hora en la Sala Julián Carrillo por un público conocedor de los méritos de Bonifaz Nuño y de la cauda que éstos han dejado, dejan y dejarán, en los lectores más atentos de nuestra lengua. Las damas sobre todo, no disimularon su admiración frente al chaleco de fantasía que esa noche estrenaba el poeta. Más de una mencionó a Theophile Gautier con el ánimo de emparentar al mexicano con el francés quien, a su tiempo, también mereció homenajes a sus muchas cualidades artísticas.

Y para no dejárnoslo en el tintero, lector amigo, hemos de informarte que la reunión se debió a los primeros 60 años acumulados por el autor de El manto y la corona y As de oros. En el homenaje brillaron las palabras de todos, y en particular de cada uno. Ellos fueron, Marco Antonio Montes de Oca, Eduardo Lizalde, Ramón Xirau, Ernesto Mejía Sánchez y Carlos Illescas. Octavio Paz se sumó al acto merced a un recado verbal transmitido por la persona de Marco Antonio Campos. Augusto Monterroso hizo otro tanto, por la vía de una tarjeta fechada en una tasca castellana, en España, que Mejía Sánchez leyó con particular timbre y emoción cordial.

Desde luego estás enterado del fallecimiento de Leopoldo (Polo Duarte, capitán de la librería “Libros escogidos”, abierta en la calle de Manuel Carpio, frente al kiosco de Santa María. Si has sopesado la noticia, además de llorarla con lágrimas merecidas, ya te habrás preguntado: ¿que vamos a ser ahora sin Polo Duarte, el día que necesitemos un libro raro, agotado o simplemente extraviado y fuera de circulación? ¿Quién se condolerá de nosotros, que continuamente rebuscábamos orientados por él en altas pilas de volúmenes polvorientos un ejemplar que, en última instancia, vendría a mitigar nuestros anhelos de argonautas, perdidos en los sargazos de otras librerías ya más comercializadas que eficaces? ¿Dónde yacerá ahora el paño de lágrimas de quien sabía que el libro buscado anda por ahí, sin más ropaje que una cubierta estropeada y las niagulladuras propias del tiempo, en edición hecha en Italia por un cónsul de México, a mediados del siglo pasado, de Los animales parlantes, del Abate Castti?

Polo Duarte además de paño de lágrimas, imagínalo tú heredero de la Verónica, poseedora a su tiempo del paño maravilloso, y así mismo depositario de los luminosos argonautas que cruzaron felices el ponto en busca del vellocino.

Los habituales de la librería ahora saben que su corazón está viudo y que con la muerte de Polo Duarte México ha perdido en buena medida ojos y boca. En efecto, él vio y habló siempre por nosotros. La esperanza que nos queda ahora es que sus nobles huesos en la ineluctable mutación confundirán su polvo con el de los libros que los siglos han acumulado para memoria del pensamiento erigido en hombre, en letra, en palabra, en libertad.

Diez años de fallecido va a cumplir el año de 1984 José Alvarado. Maestro, periodista, amigo. En cada una de las ramas de esta triada imprimió su nombre con tinta saturada de la mayor cordialidad. Como maestro llenó las aulas de la Universidad de México y de Monterrey, Nuevo León, con palabras que nunca impugnó porque aprendió a decirlas para siempre, asistidas por la mejor doctrina y el más esclarecido seso. Su constante referente es la libertad, el derecho de todos a ser todos, sin exclusiones, sin alcaldadas, sin rnojigaterías, ni miedo ni falsos rubores. Y en qué forma lo decía, Pepe, el gran Pepe Alvarado, tanto de viva voz como merced a la escritura. Su prosa ha pasado a ser ejemplar. Mírese desde donde ha de mirársele transcurre sin asperezas. Tanto en sabor y consistencia como en tacto y visión, su prosa sitúa asuntos y materias en puntos de la más alta tensión, pero todo a manera de prolegómeno a un debate eterno, sin tregua, ingente. El Derecho. El derecho de ser todos para todos, sin tapujos, sin aspirar a que otros pelen la tuna con la mano limpia a fin de que seamos nosotros, clase dominante, quienes la comamos. En las nopaleras de José Alvarado, si se nos permite el símil, las tunas brotaban sin espinas, al parecer inspiradas en Martí, quien solamente sabía cultivar rosas blancas. Así era el gran Pepe Alvarado, rector, editorialista, amigo, entramado en las madrugadas del Distrito Federal sin excluir callejones, callejas y avenidas.

Según Andrés Henestrosa, ¿cuántas veces no charló con el monumento de don Benito Juárez, o del General Escobedo; acaso Colón, la Diana antes y después del taparrabo presidencial, acerca del destino de una ciudad que mira perderse, día a día, como goteadas en una clepsidra inclemente, sus tradiciones? De pie frente a las estatuas, toda la cordura de José Alvarado desafiaba la locura de transeúntes inadvertidas. Con un vaso rebosante de entusiasmo saludaba primero a los héroes y en seguida, mediante inquisiciones emitidas con fonética clara, presentaba argumentos los más novedosos. Don Benito Juárez a medianoche no es don Benito Juárez de mediodía. En las horas durante las cuales las lenguas enormes de la sombra lo esfuman todo, los héroes parecen volver a otra nacencia y de aquí que a veces, según decía Alvarado, emitan palabras con sentido. Don Benito Juárez, ya sin el piar irreverente de los pajaritos alamedaños, sobre todo maculantes sin maestro, le expresó a Pepe Alvarado su opinión acerca del derrumbe en muchos de la templada moral republicana de los hombres que levantaron la justicia popular en el Cerro de las Campanas. Sin eufemismos trazó con horror el mapa de la lepra que se llama corrupción. “Esa noche, expresaba el maestro Alvarado frente a sus sectadores que éramos muchos, don Benito lloró de verdad, con gemidos que pueden escucharse en el ataque del corno al momento de irrumpir el cuarto movimiento de la tercera de Brahms.”

Con objeto de que los diez años de la desaparición de Pepe Alvarado no pasen en silencio, una comisión de ilustres varones de la república de las letras y la jurisprudencia, va a trazar un programa de actividades de grandes alcances, en particular las visitas guiadas a centros de alta cultura nepéntica (perdonando otro neologismo más), en los cuales el maestro Alvarado impartía las más luminosas lecciones de ser mexicano,

de ser regiomontano, de ser chilango, de ser de todos sin perder el principio de identidad transparentado en el vaso que contiene la más dilatada visión del mundo que toda ebriedad configura sin dilación.

A estas excursiones, guiadas o no, se les llamará visitas de altares. En el “Golfo de León” (si funciona todavía) el cicerone tratará de reproducir la prosa verbal de Alvarado a fin de poner en claro qué fue primero, si la gallina de los huevos de oro o el licenciado Alemán. En “Las glorias de modesta”, pulquería de ilustre prosapia, el guía no tendrá empacho en mencionar a la Conesa y el automóvil gris. En fin. Todos cuantos gozamos el privilegio de tratar a José Alvarado estaremos en los actos con el corazón ardiendo como vela votiva por quien tanto dio a México.

Situados donde estamos, sin otro esfuerzo visible que el de la voluntad de ver hacia otros campos, distinguimos el cinematógrafo, ese producto que los excedidos de imaginación llaman séptimo arte y se quedan tan tranquilos.

Sirve el cinematógrafo en su refluir de arte o no, de industria, entretenimiento y cargo de conciencia, a título de permanente crítica y autocrítica de un amplio sector de intelectuales mexicanos y de otros muchos que, sin serlo, dedican sus esfuerzos a esto que puede y no puede ser un arte; pero sí una industria bárbaramente envenenada contra el gusto, la educación, el solaz del mexicano de todos los niveles.

Por principio de cuentas, asómate a las censuras que se le hacen a las películas producidas en el país. Con rarísimas excepciones todas son sobajadas, más bien abajadas a la sentina de un barco meritorio por pestilente. Nada ni nadie escapa al vilipendio y a la burla puesta en cueros por el resquemor y la injusticia. Por la injusticia, reconocernos, tal vez.

Parecería que productores y realizadores de suyo tan inteligentes y previsores del mal, al momento de tocar el cine lo hacen sin persignarse, en extremos que Dios mismo los olvida y permite por dicho motivo que los productos cinematográficos parezcan más harapo que trapo, el cual, en su momento, y al ennoblecerse, hasta podría ser bandera de la inteligencia y el buen gusto. Pero reducido a harapo, no sirve más que para enriquecer a un grupo de personas que ya murieron en vida. Con el cine reducido a esta condición, visitamos las cocinas en el momento de enjabonar, fregar, enjuagar y secar las ollas más mtigrosas. ¿Y cuál es el agente secador en este ejercicio fregativo? Pues el cine mexicano expresión de cabareteras famélicas y sin alegría, cantinfladas puestas al servicio del peor subdesarrollismo, balazos, tequilazos y qué sabemos cuántos horrores más que en manos de Jorge Ibarguengoitia sirvieron para construir la más triste mitología yendo hacia la dispersión de una identidad ciega que se comió a su propio lazarillo.

Y bien, querido lector, ni tú ni nosotros estamos para echar más leña a cuanto se dice del cine mexicano (con las excepciones del caso, se entiende), pero sí para reconocer que nuestro país no está solo en esta ímproba tarea; porque las películas pueden ser todo lo malo que hayamos de quererlo, pero nunca atentarán contra la conciencia de los pueblos del mundo con el propósito de ofrecer prédicas falsas, atentatorias y faseistoides. Como lo oyes, amadísimo lector. Al fin y al cabo nuestro cine muere casi al momento de ser exhibido. Me refiero a las películas que salen de dicho cine.

Pero has de verlo tú y confirmarás que hay otros cines infinitamente más deletéreos que el nuestra. ¿Cuál?, has de preguntar tú. Pues el cine norteamericano. Guarda de inmediato tus observaciones y escucha la argumentación que tenemos para ti a fin de recabar tu aprobación. Lee y conviene con nosotros en cuanto afirmamos.

En forma masiva, aplastante, sin misericordia para nadie que lee periódicos, mira tele y se mantiene informado, se produjo en fecha reciente el anuncio y proyección cinematográfica del filme norteamericano titulado Reto al destino.

Es probable que este engendro, aborto de cualquier best-seller “literario”, se halle aún en algún cine de la plaza. Si no la has visto acude e indignate al ver cómo sin ningún pudor te muestran la educación “espartana” de un marine, o sea uno de estas máquinas guerreristas que son preparados con la noble finalidad de imponer el nuevo orden internacional en países débiles, dejados de la mano de Dios, sumidos en sus hambres y cercados por el poder interno de una burguesía ciega y un ejército transnacional.

Con tus propios ojos vas a percatarse que no mentimos. El protagonista, un gandalla como muchos que se hallan siempre a un paso de las correccionales, por circunstancias harto peregrinas ingresa en las fuerzas armadas de su país para ser aviador de guerra, y así una vez graduado ser destacado a una de las muchas bases que su nación ha establecido en casi todos los puntos del orbe, siempre contra la repulsa mundial.

Tú, persuadido por fotografías poco más o menos convincentes, una acción dramática en la cual lo cursi raya en la abominación: escenas eróticas al alto vacío, amigos que mueren en empresas detestables, un sargento tan cruel como el deber patriótico, en fin. Así convencido, entiendes al héroe que es capaz de trompearse con un superior a fin de imponer, sobre todo, los derechos de la amistad al cadáver del compañero que se ha suicidado al comprobar que nunca va a ser un héroe.

La película termina con la graduación de los marines, muchos abrazos, himnos y claro, el triunfo del amor. Los nuevos oficiales son destinados a las bases que se hallan siempre en pie de guerra para extirpar el mal sobre el orbe. Se deja entender que el héroe, porque ya lo es en manera determinista ha de partir tal vez a Guantánamo, o tal vez ya asistió a Granada, o está siendo reservado como espigado alfil del triunfo para sofocar el mal en El Salvador, acaso en Nicaragua, acaso en... En cualquier parte, menos en Viet- Nam, se entiende.

A este cine ni uno solo de los críticos que suelen vulnerar la honra del cine nacional hubo de mencionarlo para reconocer varias cosas. Primera, no es posible besar mediante casi cien pesos de la entrada al cine, el látigo que flagela a los pueblos desnutridos y dependientes; no es posible ni justo seguir insultando a la industria cinematográfica nacional después de comprobar que esta industria transnacional es la peor de todas. No es posible que la gente siga tragándose esta desmedida propaganda y sin pensarlo ni quererlo asuma el papel de posible víctima de las armas del progreso. En fin. ¡Qué viva el cine nacional con todas sus lacras!

Y tú, lector siempre atento al llamado de las películas que tienen todos los elementos y condimentos que pueden hacerlas arte; sí, arte de verdad. Vale decir, obras en las cuales se conjuntan elementos estéticos obtenidos de la capacidad de creación de un conjunto armónico de artistas, todos provenientes de la realidad de la vida, de una condición y una voluntad de sobrevivir a todas las pruebas que el mundo mal distribuido en sus bienes pone una y otra vez a manera de obstáculos difíciles de ser salvados. Tú que amas estas muestras de la inteligencia y la imaginación, de la técnica y el arte, del oficio y la voluntad de ser hacia la belleza, has visto ya, no cabe duda, la película que hizo hace unos dos años, Saura, el español, titulada Bodas de sangre.

¿En qué medida tu espíritu crítico entendió la metodología del realizador al hacer del maravilloso texto de García Lorca palimpsesto sobre el cual la escritura chorrea luz, o la gotea en segundos de recogimiento, en tanto tú, atentísimo, puedes escribir la biografía del tiempo hecho luminosidad por obra y gracia de un creador que recupera los gestos de la danza para explicarnos nuevamente el origen del mundo?

¿Nos excedemos en entusiasmo? No. Aquí no hay excesos, más bien es búsqueda de las medidas necesarias a la ponderación de esta cinta que ha nacido clásica, porque en su factura todo está a la vista, no hay trucos -industrias, dijeron los clásicos-, no hay falsos maquillajes, el espíritu no se atropella al tratar de entrar en el cuerpo de cada uno de los actores. La expresión facial de cada uno y todos, muestra que sí es cierto lo que se ha dicho en ferias y consejas, que los ojos son el espejo del alma. Y esos movimientos editados gesto a gesto, escalada a escalada de brazos, manos, pies, piernas, todo copulándose en general y a sí propio para que salga de todo, gestos, escaladas, brazos, manos, gritos prolongadamente silenciosos y la noche aquí, y la noche allá como si el día estuviera esperando el momento de ponerle banderillas al toro de la muerte. Ella es la imperante, la eterna noche que enluta con decisión de primavera trágica a los bailaores, y embarga las manos prodigiosas del guitarrista y el canto que proviene de los fondos andaluces, ahí donde Lorca y Saura descubrieron que el espíritu de don Antonio Chacón busca y halla hombres a granel.

Si no la has visto entusiámate haciéndolo. No sabemos por qué causa Bodas de sangre se exhibe muy de tarde en tarde y en corridas limitadas. Es el momento de exigir su presencia permanente para que la miren los niños, las madres de los niños y los padres y los abuelos. No es posible que la gente permanezca al margen de esta cinta que es gloria del genio de nuestra raza (y perdón por lo de raza, pero lo de "grupo étnico", todavía se me atragantar. No cabe duda que el cine sí es arte, y del mejor. Si se dudara, pues ahí

está esta cinta, cuyo canto prolonga toda la vivencia de nuestras pesadillas tenidas tantas veces que se hacen producto bello y sueño real. Pesadillas en los fondos mozarabes, en las juderías, en los tablados viendo a la Tirana, a Raquel Meller, en largas noches durante las cuales Carmen Amaya sembraba en el ánimo del espectador todas las rosas morenas de su piel olivarada, con ríos que en vez de ir a la mar vienen de ella cargados de vida perdurable.

No sé en qué medida hayamos podido reflejar el entusiasmo que esta cinta nos produjo. Claro, tú la viste en cualquier reseña de tiempos pasados y ya no te hace chiste cuanto decimos; pero no importa. Evócala. Detén la respiración y contempla todavía el duelo de estos caballeros rústicos cuya sangre teñirá de rojo el velo de la desdichadamente novia, comida de virginidad, es decir de una larguísima temporada de secano que nunca terminará. Mírala y recuerda este maravilloso endecasílabo de una de las églogas de Garcilaso de la Vega: “En vano su morir van dilatando.” ¿No es esto, en esencia, el combate de los hombres que regresan a la noche del claustro materno que es la mar de la muerte?

Esperamos no hacernos merecedores de tu censura al momento en que repares que más nos hubiera valido turnar la temática de la presente a recordar la vida, andanzas y murales de José Clemente Orozco, genio de la pintura contemporánea. Como dicen que dijo la señora doña Omega Elgin de Tissot, hay más tiempo que vida. Con ello deseamos significar que en próxima carta lo probable habrá de ser que sea tan ilustre moralista quien ocupe nuestra atención, a fin de que estas modestas cartas no estén ocupadas en otros asuntos, mientras los cien años de Orozco rugen y se agigantan como el mar en una poesía de Julio Flores.

Por el momento, queridísimo lector, no deseamos salir del ámbito de las artes plásticas y por dicho motivo te contamos que pudimos resolver por fin el problema que nos ofrecía el enmarcamiento de un dibujo al pastel de Julia Jiménez Cacho. Casi podríamos escuchar tus palabras de extrañeza, toda vez que tú como otros muchos, recusas los marcos (sin ocurrencias numismáticas). Piensas que son añadidos a la obra que si es arte de verdad, luce más cuanto más desnuda comparezca. Dices que el único discurso plástico debe estar contenido en las proporciones de la obra y nunca ni prolongarse o resolverse en aditamentos que en lugar de sumar restan. Añades que el discurso debe ser en términos de implícitud y no de explícitud, y a ello añades que el discurso al perder eficacia debido a lo segundo muestra el revés de la persuasión estética y en lugar de mensaje real enseña el cobre de la retórica. ¿No es así como enfocas tú el problema del enmarcamiento?

Nunca pondremos en duda tu buen juicio y mejor discurrir, pero la verdad es que nosotros, profanos de nacimiento, sí creemos que un marco no excede su función siempre y cuando la oportunidad dicte su tarea aleccionadora. Es decir, que la lección la apoye el marco y no la dicte y por lo mismo sea escalón en el ascenso por la escalera de la emoción inteligente y no la escalera misma. Un medio, pues, para llegar a algo. Además, queridísimo experto en artes plásticas, tú has de saberlo. Un buen marco puede salvar un cuadro del olvido. De la misma manera que hay óperas que se rescatan por una sola área y países que se redimen a los ojos de la historia como Honduras, que cuenta con un solo héroe también a la altura del arte, Francisco Morazán. ¿Nos hacemos entender, la lengua mueve fácilmente sus resortes para ameritar la didascalia en esta breve y no del todo torpe, así lo esperamos, disertación?

Claro, vamos a decirlo a la manera de Horacio. ¿Recuerdas o es necesario que turnes el caso a Rubén Bonifaz Nuño, la Oda Y, “A Pirra”: (Quis multa gracilis te puer in rosa?) Lo diremos a la manera del latino al definir la belleza en su pureza, sin afeites, a no ser los naturales; lee

¿Por quién sencilla y la par graciosa
enlazas las flexibles trenzas?

Nos hace recapacitar y a un paso de darte la razón, pensamos que la sencillez frente al afeitado es virtud no a fuerza imitable. Ciertamente, Pirra se muestra en toda la pureza de su beldad insuperable, pero en nuestros tiempos otras Pirras no a fuerza deben prescindir del color en labios y mejillas, el alcohol en los garzos ojos, el arrebol y todo cuanto encarece el autor anónimo en el romancillo nombrado La misa del amor. De manera, pues, que tanto tú como nosotros llevamos la razón. Es cosa de gustos, de puntos de vista, limitación de la doxa que es sobre todo subjetividad y no ley universal y que Aristóteles, queridísimo lector, nos agarre

confesados.

El dibujo de Julia Jiménez Cacho para ventura de todos se trata de una muchacha cuyas trenzas más bien parecen flotar al viento. En sus manos se aduermen como los ríos llegados al remanso, flores en un conjunto menudeado por rojos, amarillos y lilas. Hay en los ojos de la chica una suerte de esperanza de hablar pronto, y en efecto los tonos umbrosos se imponen sobre los claros en apariencia. El cuadro se rescata en el momento mismo en que la moldura enarcante solicita la atención del observador en potencia. Lo fija en un punto que es la totalidad de la pintura; luego le explica cuál es el territorio de la obra, en seguida los convida a deslindar los colores ambientes para inducirlo de inmediato, sin más prisa que la rapidez, a percatarse que todo se ha logrado y que la desnudez existe, sobre todo por bajo de la regulación del marco. Esto fue un triunfo, lograrlo merece las glorias de unos versos que quizás hayamos de hacer un día en el cual el sol beba a sorbos su copita de moscatel en el antepecho de la ventana, la que vemos desde aquí exultada por grandes ramos de geranios y albahacas. Plantas milagrosas que ayudan a despistar por lo menos a los malos espíritus que a veces atestan el aire. ¿Lo sabías tú, acaso, y entonces no hacemos más que repetir lugares comunes o te resulta nuevo este paso en la brujería más inocente del mundo, como es el lenguaje y la función de las flores enmacetadas, expuestas a la ebriedad infantil del primer sol, que después de su copita de generoso moscatel muerde su primera aceituna?

Y ya a un tranco de terminar con estos dislates que nos dicta la pequeña fiebre de un catarro apenas incubándose, confesamos que hemos vivido muchos temas, los que esperamos te resulten interesantes. Y reconocemos también que nos dejamos en el tintero la temática que imponen tres centenarios ingentes; ellos son los de Anton Webern, Ricardo Wagner y Franz Kafka. Desde luego no desestimamos para nada el de Martín Lutero. Pero todo ello quedará para otra ocasión menos miscelánea; porque cada uno de los nombrados es pilar y templo del arte y el pensamiento contemporáneo. Nos hacemos cargo que no hemos mencionado a ningún científico, pero ya lo hallaremos a fin de dar contento a todo el mundo. Desde luego no dejamos en el tintero al filósofo Krausse, de centenario reciente, cuya laboren España estuvo a la altura del máximo interés de todos sus seguidores y ponderadores, todos ellos de primerísima línea.

En otra ocasión te contaremos, querido lector, en qué medida nos prendió La Mojigata, de don Leandro Fernández de Moratín, y cómo hallamos en esta obra, el contenido del pensamiento liberal del XVIII entrado en la vida común, dispuesta en haz por el ascenso de la burguesía a la que Moratín aplicó el parámetro molieresco con atinencia en nada desdeñable.

Te saludarnos y te queremos. Y hasta otra vez.